

CARTAS

DE

LORD CHESTERFIELD

Á SU AHIJADO, SOBRE EL ARTE DE AGRADAR.

El autor dirigió las siguientes cartas á su ahijado Stanhope, pariente lejano suyo, que llegó á ser heredero de su título y fortuna. No hay en ellas fecha de mes ni de año, pero como en la tercera carta se dice que el ahijado acababa de cumplir diez años, y nació en 1755, deben haber sido escritas entre 1765 y 1766.

BATH.

MI QUERIDO AHIJADO.

Nuestra correspondencia ha sido hasta ahora muy vaga é irregular. Mis cartas han tenido entre sí poca ó ninguna relación, porque he procurado adaptarlas á tus pocos años y tu gusto por la variedad. Te he considerado como niño y chanceado en consecuencia contigo; y aunque todavía no te miro como hombre, quiero considerarte como capaz de alguna reflexión seria. Ahora eres un hombre á medias, y antes que se duplique la edad que tienes, serás un hombre completo: por lo tanto *Paulo majora canamus*.

Ya conoces tus deberes religiosos y morales, que son ciertamente de lo más simples y llanos: los primeros consisten en temer y amar á tu Creador y observar las leyes que él mismo ha escrito en el corazón de cada hombre, y que tu conciencia siempre te recordará, con sólo que te prestes á escucharla francamente; los segundos, quiero decir los deberes morales, se hallan

contenidos en estas pocas palabras: *Obra con el prójimo como desearias que éste obrase contigo*. Por lo que hace á tus conocimientos clásicos, otros más capaces que yo te instruirán en ellos. Nada quedá pues, en que yo pueda serle útil, excepto el comunicar á tu juventud é inexperiencia, lo que una larga observación y conocimiento del mundo me ponen en estado de poder darte.

Te escribiré pues, en lo de adelante una serie de cartas que desco leas dos veces y las conserves, sobre el *debor*, la *utilidad*, y los *medios* de agradar, es decir, de ser lo que los franceses llaman *aimable*, arte que debemos confesar poseen ellos casi exclusivamente, por haberlo estudiado mucho, y lo practican con mayor perfección. Por eso emplearé con frecuencia en estas cartas algunas de sus expresiones, porque ellas corresponden á mis ideas mejor de las que encuentro en mi propio idioma.

Ten esto presente y fijalo bien en tu alma: que el que no es *aimable* es un ser verdaderamente *nulo* con respecto al trato general de la vida: su literatura es pedantería, y aun sus virtudes carecen de lustre. Quizá mi asunto me obligará á veces á decir cosas superiores á tu tierna inteligencia; pero á medida que ésta se ensanche y fortifique las entenderás; y entonces *Hæc olim meminisse juvabit*.

Creo que no esperarás elegancia, ni aun esmero, en cartas de esta especie, que sólo escribo para tu uso. Te comunico mis ideas tales como me ocurren. ¡Ojalá te sean útiles!

P. D. Si estuvieses aquí, tu cabecita se trastornaría, porque hay tanta variedad de la que te gusta, que reflexionarías menos si es posible, que la mayor parte de los que pierden su tiempo en callejear sin hacer nada.

BATH.

MI QUERIDO AMIZADO.

El deseo de que se nos agrade es universal; el deseo de agradar á los otros debería serlo igualmente, y entra en aquel grande y fundamental principio de moralidad de obrar con los otros del mismo modo que desearíamos que ellos obrasen á nuestro respecto. Hay ciertamente otros deberes morales de una naturaleza mucho más elevada, pero ninguno más amable, y yo no vacilo en colocarlo á la cabeza de lo que Cicerón llama *leniores virtutes*.

El corazón sensible y benévolo cumple este deber con gusto, y de un modo agradable á los otros; pero los ricos, los poderosos, conceden á menudo sus favores á sus inferiores, del mismo modo que conceden sus sobras á los perros, sin obligar á perros ni á hombres. No debe pues maravillarse que los favores, beneficios, y aun caridades, concedidas tan sin gracia, sean tan débil y fríamente reconocidos. La gratitud es un peso sobre nuestra imperfecta naturaleza y nos sentimos muy inclinados á desembarazarnos de él, ó á lo menos á aligerarlo todo lo posible.

La *manera* pues, de conferir favores ó beneficios es, por lo que hace á agradar, casi tan importante como la materia misma. Ten por eso cuidado de no quitar el valor á las obligaciones que tal vez puedas hallarte en estado de conceder á los otros, por un aire de protección insolente, ó por una manera fría y desagradable, que las ahogue en su nacimiento. La humanidad inclina, la religión requiere, y los deberes morales nos obligan, hasta donde nos fuere posible, á aliviar las desgracias y socorrer las miserias de nuestros semejantes; pero no hasta esto, porque una alma verdaderamente sentida, tierna y benévola, nos inclinará á contribuir en lo posible, á sus comodidades, sus diversiones y sus placeres, hasta el grado que podamos hacerlo inocentemente. Distribuyamos pues, no sólo beneficios, sino sembramos flores para nuestros compañeros de viaje, en los escabrosos senderos de este mundo miserable!

Hay algunos, y aun demasiados, particularmente en este país, que, sin la menor tintura visible de mal natural ni malevolencia, aparecen totalmente indiferentes, y no manifiestan el menor deseo de agradar, así como por otra parte nunca abrigan el menor deseo de ofender. Si esto procede de una disposición desidia, negligente y omisa, de una naturaleza tétrica y melancólica, de mala salud, camiento de espíritu, ó de un orgullo secreto y descontento, nacido de la persuasión de su decantada libertad é independencia, es difícil determinar, considerando los varios móviles del corazón humano, y los pasmosos errores de la cabeza humana; pero sea cual fuere la causa, aquella neutralidad, que es el efecto de ella, hace á estas gentes, como siempre lo hace la neutralidad, despreciables y meros huecos en la sociedad. Seguramente desearían ellas despertar de su indiferencia, si se pusiesen á considerar seriamente la infinita *utilidad de agradar*, como la consideraré yo en mi próxima.

MI QUERIDO AHIJADO.

Como la utilidad de agradar es una proposición evidente por sí misma, en vez de extenderme sobre ella, sólo la tocaré de paso. La persona que manifiesta un deseo constante de agradar, coloca su tal vez corto capital de mérito á grande interés. ¿Qué provecho pues tan considerable no debe necesariamente producir un gran caudal de mérito? Un usurero prudente colocaría gustosísimo su última peseta á tal interés, sobre base tan segura.

El hombre que es amable se hará casi tantos amigos cuantas personas tratare : hablo en la común acepción de la palabra, y no amigos sentimentales, como Pilades y Orestes, Niso y Eurialo etc. ; pero hará que las gentes en general le deseen bien, y se inclinen á servirle en cualquiera cosa que no sea inconsistente con su propio interés.

La urbanidad es el artículo esencial en el arte de agradar, y la dicta el buen natural y el buen sentido; pero la buena crianza es la decoración, el lustre de la urbanidad, y sólo se adquiere por medio de una minuciosa atención á la buena compañía y por el frecuente hábito de ella. Un orador puede ser intencionalmente tau civil como el cortesano más atento, pero su manera por lo común degrada y envilece su materia ; á la vez que, en la buena crianza, la manera siempre adorna y dignifica la materia, hasta tal grado que yo he visto hacer pasar como corriente la moneda de bajo cuño. En este caso podemos verdaderamente decir, *materiam superat opus*.

La urbanidad se mira á menudo acompañada de una ceremonia que la buena crianza corrige, pero sin abolirla enteramente. Cierta grado de ceremonia es una obra avanzada de las maneras así como de la religión, que detiene al osado y petulante á distancia conveniente, y es una sujeción muy pequeña para la parte del mundo sensata y bien criada. Encontramos en el cuento de un cubo (a) que *Pedro* era muy pomposo y ceremonioso, y *Jacobo* por el contrario simple y llano ; pero *Martin* se conducía de un modo muy propio para corregir los extremos de los otros dos. Para transitar por este justo medio se requiere buen natural

(a) *Tale of a Tub*. Obra del Doctor Swift.

y buen sentido. En mi próxima tomaré en consideración los medios de agradar.

P. D. Siento mucho no poder enviarte este año carne de venado preparada, porque no se ha hecho en casa : la estación ha sido muy desfavorable. Este año celebrarás sin ella el día de tu santo, y lo celebrarás mejor reflexionando que has cumplido diez años, y que no tienes tiempo que perder en fútiles y pueriles disipaciones. Ahora ó nunca debes aplicarte.

BATH.

MI QUERIDO AHIJADO.

Los medios de agradar varían según el tiempo, el lugar y las personas ; pero la regla general es la trillada : procura agradar, ó infaliblemente agradarás hasta cierto grado. Manifiesta constantemente un deseo de agradar y empeñarás en tu favor el amor propio de las gentes, abogado muy poderoso. Esto, como en verdad todas las otras cosas, depende de la atención, ó más propiamente de las *atenciones*. Atiende pues minuciosamente á las circunstancias de tiempo, lugar y personas, ó de lo contrario podrás ofender en donde intentas agradar, porque las gentes, en lo que les toca, no muestran indulgencia por los descuidos y los errores.

La *distracción* en la sociedad es imperdonable, porque implica que se le desprecia, y es tan ridícula como ofensiva. Poca diferencia hay entre un muerto y un distraído ; la diferencia que hay es enteramente en favor del primero, porque todo el mundo ve que su insensibilidad es involuntaria. Muchas gentes, de lo más irracionales, afectan distracción, pensando que ella implica pensamientos profundos y superior sabiduría ; pero se equivocan de medio á medio, porque todo el mundo conoce que si la distracción es natural, es una grande debilidad de alma, y si afectada una solemne locura. Un hombre juicioso, en vez de no hacer uso de los sentidos que tiene, desearía verlos multiplicados, con el fin de ver y escuchar á la vez todo lo que se hace ó se dice en presencia suya.

Si pues atento á la cosa más insignificante que aconteciere en donde te hallares ; y lleva contigo, según la expresión vulgar, tus ojos y tus orejas. Es una disculpa muy necia y común la de

decir : « No recuerdo en verdad tal cosa ; ó pensaba yo entonces en otra. » La respuesta adecuada á tan ingeniosas excusas y que no admite réplica, es ¿ Por qué no recordáis la cosa ? presente estabais cuando se hizo ó se dijo. ¡ Oh ! podrías tal vez decirme, pensaba yo entonces en cosa muy diversa ; pero si es así, ¿ por qué no estabas en diverso lugar más propio para esta otra cosa importante en que dices ocupabas tu pensamiento ? Quizá me responderás que la compañía era tan necia que no merecía tu atención. Estoy seguro de que esta es la respuesta de un necio ; porque un hombre juicioso sabe que no hay compañía tan nula de la que no se pueda sacar alguna utilidad por medio de la atención.

Debes pues tener, y con sólo que quieras la obtendrás, una atención versátil de modo que puedas aplicarla instantáneamente á diferentes personas y objetos según se presentaren. Recuerda que sin esta atención jamás serás propio para vivir entre la buena compañía, ni á la verdad en compañía de ninguna especie ;

la mejor cosa que puedes hacer es volverte *cartujo*. Cuando te presentares, ó fueres por primera vez presentado en sociedad, procura que la primera impresión que hagas en ella te sea tan ventajosa como posible. Puedes hacer esto al principio valiéndote de lo que algunos sólidos pedantes llaman bagatelas y son *vire, vestido y talante*. En este caso debes invocar la asistencia de las Gracias. Aun el tanto artículo del vestido no es bagatela en estas ocasiones.

Nunca seas el primero ni el último en las modas. Vístete tan finamente como las personas de tu rango y más bien superior que inferior á ellas ; y una vez que te hallares vestido para todo el día, no des muestra de conocer que llevas encima ningunos vestidos, sino deja que todos tus movimientos sean tan fáciles como si sólo te hallases cubierto con tu bata de levantar. Un pisaverde se aprecia á sí mismo por sus vestidos, pero un hombre sensato no debe descuidarlos, por lo menos en su juventud. El mayor pisaverde que yo he conocido era al mismo tiempo el más desaseado, porque una afectada singularidad en el vestido, sea de la especie que fuere, es lo que constituye á un pisaverde, y todo el mundo preferirá á un pisaverde muy engalanado á otro desaseado. Que tu talante, á tu primera entrada en la sociedad, sea modesto, pero sin la menor vergüenza ni cortedad ; seguro, sin impudencia, y desembarazado, como si te hallases en tu propio cuarto. Es difícil acertar en este punto y merece por lo tanto

grande atención ; nada sino un uso constante en el mundo y en las mejores compañías, puede procurar esta ventaja.

Un joven sin conocimiento del mundo, cuando asiste por primera vez á una sociedad lucida, en donde casi todos son superiores suyos, se mira por lo regular anonadado con su *vergüenza mal entendida*, ó si cobra espíritu y se desenfrena hasta lo que él considera como modesta seguridad, se precipita en la impudencia y en el despropósito, y por consecuencia ofende en vez de agradar. Procura tener, tanto como estuviere en tu arbitrio, aquel *air de douceur* que nunca deja de hacer favorables impresiones, con tal que no le acompañe una sonrisa insípida ó una desecada jovialidad.

BATH.

MI QUERIDO AMIGO.

Evita cuidadosamente cierta propensión á disputar y controvertir que muchas gentes tienen, y aun algunas se jactan de ello en la sociedad. Cuando tu opinión no se conformare con la de los otros, manténla sólo con modestia, calma y blandura ; pero nunca te muestres colérico, turbulento ni clamoroso ; y si vieres que tu antagonista comienza á encenderse, pon fin á la disputa con alguna chanza cortés : porque, tenlo por seguro, si dos amigos, los mejores del mundo, disputan con calor, sobre la cosa más insignificante, se sienten resfriados por algún tiempo. Las disputas sobre cualquiera asunto son una especie de ensayo del entendimiento, y finalizan en la mortificación de uno á otro de los contrincantes. Por otra parte, estoy lejos de aconsejarte que des tu aprobación á todo lo que oyeres decir en la sociedad : tal aprobación sería vil y en algunos casos criminal ; pero debes condenar con indulgencia y corregir con dulzura.

Es imposible que un hombre sensato no desprecie á los chocarreros, ni que otro de honor no aborrezca á los bribones ; pero debes prevalecer sobre tí mismo para no manifestar tu desprecio ni aborrecimiento en toda su extensión. Su número es muy considerable para lidiar con ellos, y su mayoría los hace formidables aunque no respetables. Por lo común andan juntos por el mutuo uso que hacen unos de otros. Manifiéstales una cortesía reservada, y considéralos como si no existiesen para tí. No adoptes el papel de chocarrero como suelen hacer los que intentan

ser agudos, ni provoques á los bribones sin necesidad; pero procura mezclarte con ambos lo menos posible, recordando siempre que todo el que contrae amistad con un chocarrero á con un bribón, tiene algo malo que hacer ó que ocultar. Un joven, especialmente á su entrada en el mundo, es juzgado generalmente según la compañía que frecuenta, juicio que me parece muy racional; y aunque á los principios no seas tal vez capaz de abrirle camino en la buena sociedad, siempre está en tu mano evitar la mala. Podrías acaso pedirme que te defina la *buena* y la *mala* compañía; y paso á hacerlo en cuanto me fuere posible, porque es de la mayor importancia conocer la diferencia.

La *buena* compañía consiste en cierto número de gentes de cierta esfera, no quiero decir nacimiento, cuya mayoría es considerada como juiciosa y de carácter decente; en fin, de personas que generalmente son consideradas como merecedoras del título de buena compañía. Es posible, y aun probable, que uno ó dos chocarreros se escurran, ó uno ó dos bribones se entrometan en tal compañía: los primeros con esperanza de adquirir la reputación de un poco de buen sentido, y los segundos la de una poca de honradez. Pero *ubi plura nitent*, como Horacio, no debes ofenderte *paucis masculis*.

La *mala* compañía es, toda la que generalmente no es considerada como buena compañía; pero hay varias gradaciones en ésta como en la otra; y te será imposible, en el curso común de la vida, no caer algunas veces entre mala compañía; pero procura salir de ella tan pronto y tan bien como puedas. Hay algunas compañías tan infamadas y escandalosas, que haber estado entre ellas dos veces injuriaría tu carácter, tanto respecto de tu virtud y honor, como de tus talentos: tal es la compañía de quimeristas, tahures, estafadores y bajos prostituidos en el vino ó las mujeres. Por otra parte, mientras fueres joven no declames ni prediques contra ellos como un capuchino. Tu misión no es la de reparar afrentas ni reformar las maneras. Cuida que las tuyas sean puras, y abandona á los otros al desprecio é indignación que merecen.

Hay una tercera clase de compañía, que sin ser escandalosa, es vil y degradante: me refiero á la llamada *baja* compañía, que muchos jóvenes de buena educación, á su entrada en el mundo suelen amar por cierto grado de mal entendida vergüenza y desidia de que no le es fácil deshacerse. Si te sumerges en semejante compañía por sólo un año, jamás saldrás de ella, sino que

permanecerás tan obscuro é insignificante como los que la componen. La vanidad es también otro aliciente para frecuentar la baja compañía; porque un hombre de edad está seguro de ser el primer hombre en ella, y de ser admirado y adulado, aunque tal vez sea el más necio de la concurrencia. No vayas á pensar que yo te señalo como mala compañía la de gentes de obscuro nacimiento, porque el nacimiento es nada para mí, y espero que tampoco para ti; lo que quiero significar por baja compañía es la gente oscura, insignificante, desconocida, nunca vista entre la parte urbana del mundo, ni distinguida por ningún talento ni mérito particular, sino el de pasar quizá las noches sentados alrededor de una mesa con las botellas delante, porque la bebida es generalmente la ocupación insípida é indecente de tal compañía.

Hay otra especie de compañía que en lo general deseo evites, aunque alguna vez, pero muy rara, no te hará daño que te halles en ella: quiero decir la compañía de bufones graciosos, chanceros, mimos, y camaradas alegres que todos son por lo común los más insípidos socios del mundo, con una fuerte dosis de espíritus animales. Si fueres por sólo mera curiosidad á tal compañía, no muestres un semblante filosófico, severo ni despreciativo de su innoble alegría, sino limitate á tomar en ella una parte inferior; no contraigas familiaridad con ninguno de los actores, porque podría procurarles pretensiones sobre ti que no podrías satisfacer ni rechazar con decencia. No llares á ninguno de ellos por sus nombres de bautismo, ni sus abreviados, como Pepe, Pancho, Paquito, etc.; usa más bien una urbanidad más ceremoniosa con ellos que con tus iguales, porque nada contribuye más á tener á distancia conveniente á los enfadosos que una poca de ceremonia.

BATH.

MI QUERIDO AMIGADO.

Es mucho más fácil definir la mala compañía que la buena; lo que es malo choca inmediatamente á todo el mundo; la locura, la bribonería y el libertinaje, nunca serán tomados por ingenio, honor y decencia. La mala compañía tiene (a)***; pero en la buena hay varias gradaciones de lo bueno á lo mejor; lo mera-

(a) Rota en una esquina la carta original, faltan algunas palabras.

mente bueno es más bien libre de objeciones que merecedor de alabanza. Tú debes aspirar á lo mejor; pero ¿cuál es lo mejor? Entiendo que son aquellas compañías de hombres ó mujeres, ó una mezcla de unos y otras, en donde prevalece la buena crianza, la urbanidad y la decencia, aunque tal vez no domine la virtud.

Las mujeres de moda y reputación, no quiero decir enteramente irreprochables, son un ingrediente necesario en la composición de la buena compañía; la atención que ellas requieren, y que les es pagada por todos los hombres bien criados, mantiene la cortesía y comunica un hábito de urbanidad; á la vez que los hombres, cuando viven juntos sin la blandura y la suavidad de la compañía de las mujeres, se vuelven descuidados, negligentes y toscos entre sí. En sociedad toda mujer es superior á cualquiera hombre y debe ser tratada con respeto, aun más, con lisonja, y tú no debes tener temor de exagerar tus alabanzas. Tal lisonja no es baja de parte nuestra, ni perniciosa á ellas, porque nunca puede darles una opinión mayor de su belleza y de su juicio que la que antes tenían; tu dosis pues debe ser fuerte, seguro de que será tragada con avidéz.

Las mujeres imprimen el carácter de civil ó llano de todos los jóvenes á su primera entrada en el mundo. Cobéchalas con minuciosas atenciones, urbanidad y alabanzas. Con frecuencia he visto que su proclamación da valor y curso á moneda de muy baja ley, y por consecuencia agregará lustre al oro más puro. Las mujeres, aunque llamadas sensibles bajo otro aspecto, tienen todas ellas más ó menos debilidades, fantasías, caprichos, gustos y humores, especialmente vanidad; estudia atentamente sus flacos y satisfácelas hasta donde puedas, y aun más, lisonjécalas y sacrifica por ellas tus peñones caprichos. Los jóvenes son muy propensos á manifestar disgusto, por no decir aversión y desprecio, por mujeres viejas y feas, lo cual es tan impolitico como irracional, porque hay una respetuosa urbanidad debida á todo el sexo. Además, las feas y las viejas, teniendo poco que hacer ellas mismas, se muestran celosas de ser despreciadas y nunca lo perdonan; y yo podría suponer muchos casos en que tú desearias contar con su amistad, ó á lo menos con su neutralidad. Debe pues servirte de regla el no manifestar jamás aquel desprecio que muchas veces sentirás y con razón, por alguna criatura humana, porque nunca te será perdonado. Una injuria se perdona más fácilmente que un insulto.

BATH.

MI QUERIDO AHIJADO.

Si no tienes suficiente dominio sobre ti mismo para subyugar tus humores, como espero lo tendrás, y como estoy seguro puede tenerlo toda criatura racional, nunca vayas á la sociedad mientras te hallares atacado de mal humor. En vez de ser distraído por la sociedad en aquellos momentos, le cansarás desagrado y se separará de ti con sentimientos menos amistosos que antes. Así pues, siempre que te hallares mal humorado ó dispuesto á la contradicción ó aspereza, será inútil que busques alivio en la sociedad: permanece en tu casa y deja que tu mal humor fermente y se disipe por sí mismo. La alegría y el buen humor son las cualidades más amables en la sociedad; porque aunque no impliquen necesariamente benevolencia y buena crianza, las aparentan por lo menos muy bien; y esto es todo lo que es requerido en las sociedades mixtas.

Yo he conocido en verdad varias gentes descontentadizas y de genio áspero que se mostraban muy alegres y benignas en la sociedad, pero nunca conocí á nadie mal humorado en la sociedad que no fuese al mismo tiempo fundamentalmente malévolo. Cuando no hay malevolencia en el corazón, hay siempre alegría y desembarazo en el semblante y las maneras. La alegría y buen humor de que hablo está lejos de ser aquel ruidoso regocijo y aquellas altas carcajadas, que son el distintivo característico del vulgo y de los malcriados, cuya alegría es una especie de estruendo. Observa y verás que el vulgo por lo regular carcajea, pero nunca sonríe; á la vez que las gentes bien educadas siempre sonríen y muy rara vez carcajean. Una cosa aguda jamás promueve esos altos impetus de risa: agrada al alma y nunca descomponen ni turca las facciones del semblante. Un absurdo patente, un despropósito, un accidente fútil, y todas aquellas cosas llamadas generalmente cómicas, excitan las carcajadas tremendas, pero las gentes bien educadas sólo las ven con una sonrisa de corta duración.

Se suele dar el nombre de rabia pasajera á la cólera repentina, y es rabia en efecto, pero los parasismos de ella son tan frecuentes en las personas coléricas, que más bien podía llamarse rabia perpetua. Si tu disposición fuere desgraciadamente de esta

clase, lo que Dios no quiera, estudia constantemente los medios de subyugarla, ó por lo menos de contenerla. Cuando sintieres que tu cólera se enciende, resuélvete á no hablar ni responder á la persona que la excita; espera hasta que no sientas que ha calmado, y habla entonces deliberadamente. Yo he conocido muchas gentes que por la precipitación de sus razones se han hecho ellas mismas mucho daño. Te daré una receta frívola, que tal vez calificarás de ridícula, para contener los arrebatos de tu cólera, pero yo mismo creo haber experimentado sus útiles efectos. Haz todas las cosas como si las ejecutases al compás moderado de la música; habla, piensa y muévete con arreglo á aquella medida igualmente libre de una lentitud torpe y de una precipitación desordenada. Este expediente te procurará además, algunos instantes de reflexión, y las gracias acompañarán á lo que digas ó hagas, porque las gracias nunca se precipitan ni se adormecen. Observa los ojos esplendentes de un colérico, su rostro inflamado, sus piernas trémulas, y su lengua vacilante y tartámuda de rabia, y luego pregúntate á ti mismo con calma, si por nada de este mundo querrías ser aquella humana bestia feroz. Tales criaturas son odiadas y temidas en todas las compañías que frecuentan, porque no es del gusto de las gentes el verse expuestas á la necesidad de dar de bofetones á tales brutos ó de ser abofeteadas por ellos. Debes pues por el contrario esforzarte para conservar tu sangre fría y entereza en todas ocasiones: las ventajas de tal serenidad son innumerables, y sería fastidioso relatarlas. Puede ser adquirida por medio del cuidado y de la reflexión; y si no se adquiere, la razón que distingue al hombre del bruto, nos sería dada casi inútilmente; como una prueba de esto, nunca he visto yo, ni he oído tampoco hablar de un cuácaro que se manifestase colérico. Hay ciertamente en aquella secta un decoro, una decencia y una amable simplicidad, que no aparecen en ninguna otra.

Habiendo mencionado en esta carta las gracias, no puedo terminar sin recomendarte ardentemente que les hagas, según el consejo de los antiguos más juiciosos, fervorosos sacrificios diariamente. Cuando ellas son propicias, adorman todas las cosas y seducen todos los corazones. Pero ¿pueden adquirirse? Si, hasta cierto grado, por medio del cuidado, de la observación y de un culto asiduo. La naturaleza, convengo en ello, debe ante todo haberte hecho capaz de adoptarlas, y después la observación y la imitación te las procurarán como propias.

Hay las gracias del espíritu así como las del cuerpo: las primeras comunican una manera seductora á los pensamientos y las expresiones; y las segundas á los movimientos, á las posturas y á la destreza. Quizá ningún hombre las ha poseído todas, y el que las poseyese sería afortunadísimo; pero si tú observas atentamente aquellos modales graciosos y seductores que más te agradan en otras gentes, fácilmente puedes adoptar lo que agrada á los otros en ti; trata de obtener la *mayoría* de las gracias en tu favor; asegúrate de su voto decisivo y no pierdas medio para que te declaren *amable*. Hay ciertas gentes que Molière, en una de sus comedias, llama, con cierta afectación pero con mucha justicia, *antipodas de las gracias*. Si estas desgraciadas gentes son formadas torpes y desapacibles por la invencible naturaleza, merecen antes compasión que censura y ridículo. Pero la naturaleza deshereda á muy pocas gentes hasta tal grado.

BETH.

MI QUERIDO ABUJADO.

Si Dios te da ingenio agudo, ventaja que no sé si te deseo, á menos que no te dé al mismo tiempo por lo menos una porción igual de juicio para gobernarlo, llévalo como tu espada envainada, y no la vibres con terror de toda la compañía. Si tu ingenio es verdadero fluirá espontáneamente sin necesidad de que aspire á ello; porque en tal caso la regla del evangelio es trastrocada: *solicitalo* y *no lo encontrarás*. El ingenio es una cualidad brillante que todo el mundo admira: muchos lo solicitan, todos lo temen y pocos lo aman, excepto en sí mismos. Es necesario que un hombre tenga mucha agudeza de ingenio para soportarlo en otro. Cuando el ingenio es inclinado á la sátira, ocasiona un desasosiego maligno. El ingenio ciertamente puede ejercitarse en la sátira; pero la sátira no constituye al ingenio como muchos lo imaginan. Un hombre de ingenio debe encontrar mil oportunidades mejores de manifestarlo.

Abstente por lo mismo, con el mayor cuidado, de toda sátira, que, aunque no caiga sobre ninguna persona particular de la compañía, y momentáneamente, por la malignidad del corazón humano, agrade á todos, sin embargo, bien considerado, causa temor también á todos. Cada uno piensa que puede llegarle su

vez, y te odiará por lo que se le figure que puedes decir de él, más de lo que te agradecerá que guardes silencio. El temor y el odio son parientes muy cercanos. Mientras más ingenio tengas más benévolo y urbano debes manifestarte, á fin de disponer á las gentes á perdonar tu superioridad, punto muy difícil. Aprende á encoger te y acortarte hasta el tamaño de la compañía en que te hallares. Adopta el tono que reinare en ella sea cual fuere, y si puedes procura distinguírte. Una conversación libre, así como un gobierno libre, no soportan pacientemente un dictador.

La reputación de hombre de ingenio es seductora, y todo el que la merezca puede disfrutarla, aunque á veces no deja de tener sus inconvenientes. El alcalde más estúpido pretende obtenerla, lanza su dicho, y piensa ó por lo menos espera que es ingenio; pero la denominación es siempre formidable y muy á menudo ridicula. Estos *ingenios titulares* tienen por lo común menos ingenio que petulancia y presunción: son cuando más los bufones de su manzana, en cuya estrecha esfera son á la vez temidos y admirados.

Quizá podrías preguntarme, y con justicia, cómo, considerando las ilusiones de la vanidad y del amor propio, de que ningún viviente se halla enteramente libre, cómo puedes conocer si tienes ó no ingenio. La mejor respuesta que puedo darte es que no te fíes en el voto de tu propio juicio porque éste te engañaría, ni en tus orejas, que siempre recibirán con agrado la lisonja si eres digno de ella; sino que te fíes únicamente de tus ojos y leas en los semblantes de la buena compañía la aprobación ó la aversión á lo que dijeres. Observa también cuidadosamente si eres solicitado por la buena compañía, y en cierto modo impelido en medio de ella. Pero aun todo esto no confirmará absolutamente tu ingenio; y así, no vayas, bajo tal incentivo, á lucir tu ingenio ante las gentes, ni á usar agudezas, epigramas ni respuestas picantes.

Aparenta tener menos, antes que más ingenio del que realmente poseas. Un hombre prudente vive por lo menos dentro de los límites de su ingenio como dentro de los de su renta. Conténtate con el buen sentido y la razón, con los que á la larga estás seguro de agradar á todos los que no tengan uno ni otro. Si al buen sentido y la razón puedes agregar el ingenio, venga enhorabuena, pero jamás lo llares. Ten esta verdad siempre impresa en tu alma, para que seas admirado por tu ingenio en caso de que lo tengas; pero nada sino el buen sentido y las buenas cua-

lidades pueden hacer que seas amado; ambas cosas son substanciales y debes usarlas diariamente. El ingenio es para los *días de gala*, en que las gentes se visten para lucir y ser admiradas.

P. D. Recibí tu última carta que está muy bien escrita. La semana entrante te veré y te llevaré algunas cosas bonitas de este lugar, porque se me ha dicho que eres muy buen muchacho y has aprendido muy bien tus lecciones.

BATH.

MI QUERIDO AMIGADO.

Hay una especie de ingenio menor, que se usa mucho y del que se abusa mucho más; quiero decir, las chanzas burlonas. Es una arma muy peligrosa y dañina cuando es manejada por manos torpes é inexpertas; y es mucho mejor dejarla sosegada que jugar con ella; sin embargo, casi todo el mundo la emplea, á pesar de ver diariamente las querellas y los odios que ocasiona. Ciertamente la burla implica cierta supuesta superioridad en el burlón sobre el burlado; y ningún hombre ama ni aun la simple sospecha de que se le ridiculice, aunque le divierta que otras gentes sean ridiculizadas.

Una burla inocente principia á veces inofensivamente, pero rara vez termina sin ofensa; porque esto depende del burlado, que, si no puede defenderse, se manifestará brutal, y si puede defenderse, el burlón, burlado él mismo, llegará probablemente á manifestarse brutal. La burla es una especie de ensayo de ingenio en que ningún hombre soporta que aparezca claramente su inferioridad.

El carácter de un bufón es más generalmente temido y más cordialmente odiado que ningún otro. La injusticia de un bribón es perdonada más pronto en el mundo que los insultos de un hombre agudo; el primero solamente perjudica nuestros intereses y nuestra libertad, pero el segundo daña y mortifica aquel secreto orgullo de que ningún corazón se halla libre. Convengo en que hay cierta especie de burla que no sólo puede ser inofensiva, sino aun lisonjera, como cuando por una ironía urbana, acusas á las gentes de aquellas imperfecciones de que notoriamente se hallan exentas, y consecuentemente insinúas que poseen las virtudes contrarias. Sin riesgo puedes llamar á un Aristides bribón y fea

á una mujer muy hermosa. Cuida sin embargo, que ni el carácter del hombre ni la belleza de la mujer, sea dudoso en lo más mínimo. Pero esta especie de chanza requiere una mano muy firme y ligera para administrarla; porque si es un poco fuerte podrá causar ofensa y si es más débil de lo necesario podrá creerse que es mofa, cosa de lo más odiosa.

Hay otra especie de ingenio que más bien llamaré regocijo y bufonería, y es el *remedo*. El más diestro imitador es siempre el ser más repugnante del mundo, y un mono le es infinitamente superior. Su profesión es remedar y ridiculizar aquellos defectos y deformidades de que ningún hombre es responsable en lo más mínimo; el imitador se hace por el momento tan repugnante y desagradable como las personas que remeda. Pero no quiero hablar más de tales criaturas que sólo divierten á la canalla más baja del género humano.

Hay otra raza de animales humanos llamados graciosos, cuya profesión es hacer reir inmoderadamente á la compañía, y que siempre lo logran con tal que la compañía se componga de necios y locos; pero que se llevan igualmente chasco al encontrar que no alteran un solo músculo en el semblante de un hombre de juicio. Este carácter es de lo más despreciable, y siempre despreciado aun por los que son bastante tontos para ser divertidos por ellos.

Tú debes contentarte con un buen sentido sólido y con las buenas maneras, y usa también de tu ingenio en ocasiones propias é inofensivas. El buen sentido te procurará la estimación, y las buenas maneras, el amor de las gentes; y el ingenio dará lustre á ambas cualidades. En todas las compañías en que pudieres hallarte, en todos los placeres que te procurares, aunque no enteramente inocentes, ten cuidado de preservar una grande dignidad personal; no quiero de ninguna manera significar un orgullo de nacimiento ni de rango, lo cual sería absurdo; sino una dignidad de carácter. Procura que tu carácter moral de honradez y honor sea imaculado y aun libre de sospecha. Yo he conocido gentes que eran nobles aun en sus vicios, primero por no alabarse de ellos; segundo por no practicarlos de un modo liberal é indecente. Si eran inclinados á las mujeres, nunca se degradaban ni ensuciaban en compañía de infames prostitutas; si amaban la bebida, nunca practicaban aquel vicio brutal en compañías brutales, sino con aquellos, cuyo buen humor parecia excusarlo hasta cierto grado, aunque nada puede justificarlo.

Quando vieres á un hombre ebrio, como te acontecerá muy á menudo, estúdiado con atención, y pregúntate á ti mismo juiciosamente, si querrias por nada de este mundo, ser aquella bestia, aquella degradación de la razón humana. Los lacedemonios muy sensatamente embriagaban á sus esclavos, para desalentar á sus hijos de caer en aquel estado, y el resultado fué bueno, porque nadie ha oído hablar de la embriaguez de algún lacedemonio.

BATH.

MI QUERIDO AMIGADO.

Si hay algún objeto que propia y lícitamente merezca ser satirizado, me parece que es el presumido, como usurpador del derecho común del género humano. Pero aquí son necesarias algunas precauciones. Un poco de ingenio y mucha vanidad constituyen á un presumido, porque un verdadero presumido debe tener ingenio. El más consumado presumido que yo he conocido era de lo más agudo, pero su agudeza iba acompañada de tal presunción, que lo constituía muy gigante para toda clase de sociedad, en donde siempre usurpaba el primer asiento y atropellaba al buen sentido.

La sátira parece ser el azote más propio para estos culpables; pero para usarla se necesita mucha precaución y experiencia, porque te puede salir el huevo huero, como suele decirse, y entonces las risadas caerán sobre ti. La mejor conducta con estas gentes es dejarlas enteramente solas y largarles suficiente cuerda.

Por otra parte, hay muchos, y quizá más, que sufren por su timidez y mal entendida vergüenza, y que por esta causa se abaten infinitamente bajo su nivel. La timidez es tomada generalmente por estupidez, aunque por lo común no lo es, sino que procede de falta de educación en la buena compañía. M. Addison era el hombre más tímido y torpe que yo he conocido; y no hay que maravillarse, porque había permanecido enteramente encerrado en las celdas de la universidad de Oxford hasta la edad de veinticinco años. La Bruyere dice con muchísima razón: *on ne vaut dans ce monde que ce que l'on veut valoir*; porque el mundo, bajo este respecto, manifiesta grande indulgencia, y estima á las gentes casi al mismo precio á que se estiman ellas mismas, con tal que no sea exorbitante.

Desearía yo que tuvieses una firmeza fría é intrépida, con gran modestia aparente, nunca desconcertado ni nunca atrevido. Las gentes torpes y tímidas que no se hallan acostumbradas al trato de la buena compañía son ridículamente vergonzosas ó neciamente impudentes. Yo he conocido algunos hombres, impudentes de vergüenza, que trataban de manifestar una firmeza racional, y que se desataban hasta observar una conducta que ellos creían fácil y desembarazada. Un hombre vergonzoso y tímido es aníquilo en la buena compañía, principalmente en la de sus superiores, no sabe lo que dice ni lo que hace, y permanece en una agitación ridícula, tanto de cuerpo como de alma. Evita tú ambos extremos y procura revestirte de frialdad y de firmeza: habla al rey con tanta tranquilidad, aunque con más respeto, que á tus iguales. Este es el distintivo característico de un caballero y de un hombre de mundo.

El medio de adquirir estos necesarísimos modales, es, como ya lo llevo dicho, acompañarte, sea cual fuere la dificultad que encontrases al principio, con tus superiores y con mujeres elegantes, en vez de refugiarte, como lo hacen muchos jóvenes, en la baja y mala compañía, con el fin de evitar la sujeción de la buena crianza. Es, lo confieso, cosa muy difícil, por no decir imposible, para un joven á su entrada en el mundo, y sin el hábito y maneras usadas en él, no desconcertarse ni manifestarse embarazado cuando se presenta por primera vez entre la gente más lucida. Observa que todos le fijan los ojos, y si por casualidad rien, está seguro que él es el objeto de su risa. Esta torpeza no merece censura, porque las más veces procede de causas laudables: de una modesta desconfianza de sí mismo, y de la persuasión de no conocer todavía los modales y los usos de la buena compañía. Pero que perseverar con una modestia noble y encontrará que todas las gentes benévolas y bien criadas le ayudan al principio en vez de reírse á costa suya; y entonces, un poco de uso en la sociedad y una atenta observación le procurará pronto el conocimiento del mundo.

Es muy propio de la baja y mala compañía, que por lo común se compone de chocarreros y de truhanes, reírse y desconcertar y, como ellos dicen, pegar chasco, á un joven naturalmente modesto. Quizá tú me dirás que para conducirte como yo te recomiendo, se necesita tener una buena parte de vanidad: convengo en ello; pero el gran punto es: *Ne quid nimis*; porque yo temo que sea muy cierta la máxima de Monsieur de la Rochefoucault:

la vertu n'irait pas loin si la vanité ne lui tenait compagnie. Un hombre que pierde la esperanza de agradar no agradará nunca; un hombre que está seguro de que agradará siempre es un presumido; pero el hombre que espera agradar y se vale para ello de los medios necesarios, agradará infaliblemente.

MI QUERIDO AHUADO.

El hablar de sí mismo es práctica muy favorita de la mayor parte de las gentes, y espero que tú no la adoptarás jamás, sino que por el contrario la evitarás cuidadosamente. Nada es más desagradable y enfadoso á la compañía que escuchar á un hombre que se alaba ó se condena, porque ambas cosas proceden del mismo motivo, la vanidad. Yo no permitiría á ningún hombre hablar de sí mismo sino ante un tribunal para justificarse ó para declarar como testigo. ¿Debe un hombre hablar en alabanza suya? No; el héroe de su propia relación siempre embaraza y disgusta á la compañía, que no sabe qué hacer, ni qué decir, ni qué aspecto presentar. ¿Debe hablar de sí mismo? No; la vanidad es el origen tanto de su condenación como de su panegírico.

Yo he conocido muchas gentes que se manifestaban avergonzadas de sí mismas, y con una modesta contrición se confesaban criminales de casi todas las virtudes cardinales: su naturaleza tiene tales flacos que no pueden dejar de conmovirse con las desgracias y miserias de sus semejantes, miserias que ellas sienten, si no más, á lo menos tanto que las suyas propias. Su generosidad, bien lo saben ellas, es imprudencia; porque no pueden menos de llevarla muy lejos, por la débil, la irresistible beneficencia de su naturaleza. Quizá son también muy celosas de su honor y muy irascibles cuando ellas lo consideran mancillado, pero esto procede de su desgraciada indole calorosa que las hace muy sensibles sobre aquel punto; y así se producen respecto de todas las demás virtudes. Esta superchería es un miserable ejemplo de la vanidad humana, y produce un efecto contrario á su intento.

No hables pues nunca de ti mismo, á causa de ti mismo ni contra ti mismo, sino deja que tu carácter hable por tí. Todo lo que éste dijere será creído; pero todo lo que de él dijeres no lo será, y sólo te hará odioso y ridículo. Vive siempre en continua

alerta contra los varios lazos y efectos de la vanidad y del amor propio; es imposible extinguirlos todos; sin excepción existen en el seno de cada hombre; y en el estado actual de la naturaleza es muy justo que así sea. Pero trata de contenerlos dentro de los límites debidos, lo cual es muy factible. En este caso la disimulación es meritoria, y la aparente modestia del héroe ó el patriota adorna sus otras virtudes.

La vanidad es de lo más odiosa y repugnante á cada uno, porque cada uno, sin excepción tiene vanidad; y dos vanidades nunca pueden amarse mutuamente, como no se aman dos traficantes ó dos artesanos que hacen el mismo comercio. Si tú deseas agradar á hombres y mujeres dirígete á sus pasiones y debilidades. Gana sus corazones y deja después que su razón les hable cuanto quiera en tu contra.

BATH.

MI QUERIDO AHUJADO.

Bien sé que eres generoso y benévolo por naturaleza; pero aunque éste sea el punto principal, no es del todo suficiente, porque se necesita que aparezcas tal. No quiero decir ostentosamente, sino que no te avergüences, como muchos jóvenes, de confesar los laudables sentimientos de bondad y humanidad que realmente sintieres. Yo he conocido varios jóvenes que deseosos de ser tenidos por animosos, afectaban una dureza y una insensibilidad de que ciertamente no se hallaban poseídos; el tono de la conversación de estos jóvenes es decidido y amenazante; se inclinan á dar palizas, á romper costillas, á echar á las gentes á rodar por las escaleras etc. y ratifican todas estas bellas declaraciones con votos al diablo y otras palabras groseras y repugnantes, todo esto con el fin de que se les considere como enérgicos y animosos. ¡Pasmoso error! que necesariamente los reduce á este dilema: si realmente piensan lo que dicen son unos brutos; si no lo piensan, son unos chocarrerros. Este es sin embargo el carácter distintivo de multitud de jóvenes. Trata tú de evitar cuidadosamente este contagio, y contentáte con permanecer fijo y resuelto con calma y suavidad, cuando te hallares enteramente convencido de que tienes razón; porque esta es la verdadera energía y el verdadero valor. Lo que comunmente es llamado en el mundo hombre ó mujer de energía, son los dos animales más

peligrosos y detestables que lo habitan. Son testarudos, capciosos, suspicaces, ofenden sin razón y se defienden sin ella. El hombre enérgico, bajo este sentido, acude á su espada, y la mujer enérgica á su lengua; y es muy difícil decidir cuál de estas dos armas es más peligrosa. Es también muy común en muchas compañías adoptar materias de escándalo y difamación; algunos satisfacen su malicia y otros piensan la ocasión buena para lucir su ingenio; pero yo espero que tú no adoptarás nunca este tono. Por el contrario, toma siempre el lado más favorable de la cuestión; y sin ofender ni contradecir insulsaemente, aparenta dudar, y representa la incertidumbre de los rumores, á los cuales siempre está pronta á mezclarse la malicia privada. Esta conducta moderada y sincera agrada á todos los falsos concurrentes, porque una especie de suave contradicción á sus desfavorables insinuaciones, les hará esperar que á su vez encontrarán en ti un abogado.

Hay otra clase de ofensa practicada en la sociedad, y es dejar ir indirectas ó insinuaciones aplicables únicamente á una ó dos personas de la compañía, y sentidas sólo por ellas, que, por consecuencia, se miran tanto más embarazadas y coléricas, cuanto que desean no dar muestras de que ellas mismas se aplican tales ideas. Vive alerta sobre ti mismo á fin de no decir nada que la compañía ó cualquiera miembro de ella, pueda con razón ó probabilidad llevar á mal; y recuerda el adagio de no mentar la sogá en la casa del ahorcado. El buen natural encanta universalmente aun á los que no lo tienen, y es imposible ser amable sin la realidad y las apariencias de la benevolencia.

BATH.

MI QUERIDO AHUJADO.

Más de una vez te he recomendado, en el curso de nuestra correspondencia, la atención; punto á que ocurriré con frecuencia porque es tan inagotable como importante. Atiende cuidadosamente en primer lugar, á la naturaleza humana en general, que es de lo más parecida en todas las criaturas humanas, y sólo varía en los modos, los hábitos, la educación y el ejemplo. Analízala, y si puedo emplear la expresión, anatomízala; estudia la tuya propia y esto te conducirá á conocer la de otras gentes. Observa con el mayor cuidado las palabras, las miradas, los gestos

de toda compañía en que te hallares, y retén sus pequeñas singularidades, humores, gustos, aficiones y antipatías; lo cual te pondrá en el caso de poder satisfacerlas ó evitarlas según te lo dictare ocasionalmente tu propio juicio.

Atiende y mira á todo el que te hablare, y nunca aparezcas distraído ni pensativo, como si no escuchases lo que se te dice; porque nada ofende y provoca más. Cierto es que obrando así te verás muchas veces obligado á oír cosas que no merecen la atención de nadie; pero este es un sacrificio debido á las buenas maneras en la sociedad. También debes prestar una atención minuciosa á las ocasiones, á los lugares y á los caracteres; un dicho agudo en una compañía no lo es en otra, y puede por el contrario causar ofensa. No uses bromas con los que observares están serios y pensativos en aquellos momentos; y por otra parte, no prediques ni moralices en una concurrencia jovial y alegre. Muchas gentes vienen á la sociedad llenas de lo que intentan decir en ella, sin la menor consideración á los demás, y cargadas así hasta la boca, están decididas á disparar el tiro á toda costa. Yo conocí un hombre que tenía que referir una historia que él creía muy interesante, referente á una escopeta, y la refirió muy bien. Hizo cuanto pudo para que la conversación versase sobre escopetas, y no pudiéndolo conseguir, se levantó de pronto diciendo que le parecía haber oído un tiro de fusil; pero cuando los concurrentes le aseguraron que no habían oído tal cosa, contestó que quizá se había equivocado; sin embargo dijo, pues que hablamos de escopetas referiré una historia, y la refirió en efecto ante toda la compañía indignada.

Desempeña hasta donde la inocencia y el honor lo permitieren, todos los papeles con todos los hombres y ganarás muchísimos amigos. Usa también de agasajos, y di y haz lo que de antemano te pareciere que les será más grato, sin que lo esperen ni lo sospechen. Seria cuento de nunca acabar especificarte las innumerables oportunidades que tiene un hombre para agradar; tu propio buen sentido te las sugerirá, y tu buen natural y aun tu interés te inducirá á practicarlas. Debe atenderse muy particularmente á los tiempos y las ocasiones; por ejemplo, en las comidas habla á menudo, pero nunca largo á la vez, porque el frívolo bullicio de los criados y con mayor frecuencia la conversación aun más frívola de los comensales, que versa por lo regular sobre el condimento de los guisos y la fragancia de los vinos, no da lugar á historias ni razonamientos largos. Las comidas son y han siempre sido

consideradas como los instantes de la relajación del alma y consagradas al entretenimiento jovial y á las delicias de la sociedad. Conformate con esta costumbre y contribuye con tu escote de buen humor; pero cuida de que el mal ejemplo no te induzca á los frecuentes excesos de la glotonería y de la intemperancia; la primera inevitablemente produce la pesadez y la última la rabia.

Observa el *á propósito* de todas las cosas que digas ó hagas. En conversación con personas muy superiores á ti, á pesar del desembarazo y familiaridad que puedas y debas usar con ellas, preserva aquel respeto que les es debido. Conversa con tus iguales con desembarazada familiaridad, y al mismo tiempo, con gran cortesía y decencia. La mucha familiaridad, según el dicho muy antiguo, engendra desprecio, y á veces querellas. No conozco yo nada más difícil que fijar en el trato general, los límites de la familiaridad: muy poca indica una formalidad insociable; y mucha, destruye la comunicación social y amistosa. La mejor regla que puedo darte para manejar la familiaridad es no mostrarte con nadie más familiar de lo que te convenga, ni de lo que desearías que él se mostrase contigo. Por otra parte, evita aquella desagradable y fría reserva que es generalmente la capa de la astucia y la protección de la estupidez. La máxima italiana me parece muy juiciosa *il volto sciolto, e pensieri stretti*; es decir, deja que tu semblante sea franco y abierto, y conserva secretos tus reales sentimientos. Á tus inferiores debes manifestar una cordial benevolencia en tus palabras y acciones, en vez de una cortesía muy refinada, que podría dar lugar á que creyesen que te burlas de ellos. Por ejemplo, tu urbanidad con un labrador diferirá de la que usares con un hombre de mundo: recibirás á aquél de una manera cordial y ordinaria, para disminuir el embrazo de su natural vergüenza. Aun en compañía de los necios debes ejercitar tu atención, porque aunque son necios, pueden tal vez decir ó repetir alguna cosa que te importe conocer y de la que podrás acaso retirar provecho. Nunca despliegues toda tu ciencia ante los necios, porque no la entenderían y podrían tal vez sospechar que te burlas de ellos; háblales en el sentido más llano y comprensible, pero seriamente, porque las chanzas y las bromas no son para necios. En una palabra, con la atención y la urbanidad puedes estar seguro de agradar; sin ellas ofenderás seguramente.

BATH.

MI QUERIDO AHIJADO.

Evita cuidadosamente toda afectación de alma y cuerpo. Es observación tan verdadera como repetida, que ningún hombre es ridículo por manifestarse tal cual es, sino por afectar lo que no es. Ningún hombre es torpe por naturaleza, sino por afectar que es diestro. Yo he conocido varios hombres de clara razón, que pasaban por necios por afectar un grado de talento que Dios les había negado. Un arador no es ciertamente torpe en el ejercicio de su profesión, pero sería de lo más ridículo si ensayase el aire y las gracias de un hombre elegante. Tú aprendiste á bailar, pero no por amor al baile, sino para que tu aire y movimientos volviesen á lo que naturalmente habrían sido si hubiesen logrado ocasiones más felices de ejercitarse y no se hubiesen echado á perder con los malos ejemplos y torpes imitaciones de otros muchachos.

La naturaleza puede ser cultivada y mejorada, tanto respecto del cuerpo como del alma; pero nunca se destruye por medio del arte, y todos los esfuerzos para destruirla son absurdos y procuran abundante materia de ridículo. Tu cuerpo y alma deben hallarse en perfecto desahogo para ser agradables; mas la afectación es un freno particular bajo el cual ningún hombre puede ser garboso en su talante ni agradable en su conversación. ¿Crees que tus movimientos serían fáciles y graciosos, si te pusieses los vestidos de otro hombre más delgado ó más corpulento que tú? Ciertamente que no; pues lo mismo es respecto del alma si afectas un carácter distinto del tuyo, que la naturaleza nunca intentó darte. Pero no te equivoques pensando que de esto se sigue que debes manifestar públicamente todo tu carácter por ser el que te concedió la naturaleza. No; muchas cosas deben suprimirse y muchas ocultarse en los mejores caracteres: No fuerces nunca á la naturaleza; pero de ninguna manera es necesario manifestar todo tu carácter.

La discreción, guía seguro en la vida, debe prestarte su ayuda; la discreción, compañera necesaria de la razón y útil *garde-fou* (a) si puedo usar este término, del ingenio y la imaginación. La

(a) Pretil ó antepecho.

discreción señala el *á propósito*, el *decorum*, el *ne quid nimis*, y llevará á un hombre de medianos talentos más lejos de lo que lo llevarían las más brillantes cualidades sin aquélla. Es palabra que equivale á juicio, aunque no son enteramente sinónimas. El juicio no es indispensable en todas ocasiones, pero la discreción siempre lo es. Nunca afectes ni asumas ningún carácter particular, porque nunca te irá bien, por el contrario, te hará objeto de ridículo; deja que tu conducta, tus virtudes, tu moralidad y tus maneras señalen tu carácter. La discreción te enseñará á atender muy particularmente á lo que los franceses llaman *mœurs*; palabra que no puede expresarse exactamente en nuestro idioma. *Moral* es mucho y *maneras* muy poco. *Decencia* es lo que más se le acerca, pero no encierra todo el significado. La expresión de Cicerón *decorum* es propiamente la cosa; y yo no sé por qué razón no se adoptaría y naturalizaría en el idioma inglés. Yo nunca he tenido escrúpulo de emplearla en aquel sentido.

Á propósito de palabras, estudia tu propio idioma con mayor cuidado que el común de las gentes; acostúmbrate á hablarlo con propiedad y elegancia, porque nada es más desagradable que oír hablar á un caballero los barbarismos, los solecismos y los vulgarismos de los porteros. Evita por otra parte un purismo formal y afectado, especialmente el que las mujeres consideran como sembrado de palabras duras, cuando otras llanas y expresivas pueden emplearse muy fácilmente. Los franceses se dedican mucho á *bien narrer*, pero son propensos á *narrer trop*, y con una elegancia muy afectada.

Los tópicos más comunes de la conversación son la religión, la política y las noticias. Todas las gentes creen que entienden las dos primeras, aunque para nada las han estudiado, y son inclinadas á hablar sobre ambas ignorante y dogmáticamente, y por consecuencia con ardor. Pero la religión de ninguna manera es asunto propio de conversación en las compañías mixtas; debe tratarse solamente entre unas cuantas personas doctas para su mutua instrucción. Es asunto muy digno y respetable para tratarlo familiarmente. Por lo tanto, nunca te engolfes en este asunto, sino solamente lo necesario para expresar una tolerancia universal de todos los errores que pudiese contener la religión de que se tratare, si son abrazados sinceramente; porque cada hombre tiene tanto derecho para pensar como piensa, como tú tienes para pensar como lo haces; y ciertamente que no puede impedirlo.

En cuanto á la política es asunto de que todos se tienen aun mejor informados; y como cada uno considera sus intereses privados más ó menos ligados con ella, ninguno vacila en declarar decididamente su parecer, aun las mujeres, cuya copiosa elocuencia es más digna de admiración que la exactitud de su lógica. Imposible será que evites mezclarle en estas conversaciones, porque casi nadie puede conseguirlo; pero ten cuidado de hacerlo con frialdad y con mucho buen humor; y cuando vieres que la compañía comienza á enardecerse y á gritar por el bien de la patria, permanece silencioso, á menos que no te interpongas por medio de alguna broma agradable que restituya el buen humor de la sociedad. No puedo menos de observarte que nada es más útil, tanto para quitarse de encima algún negocio embrollado y desagradable, como para desviarle, que una chanza grotesca y placentera. Pero esta chanza no debe tocar los límites de las *chanzas pesadas*; debe ser ligera sin frivolidad, cuerda sin resabios de sentenciosa, y en fin, tener el *yo no sé qué*, que todo el mundo siente aunque ninguno puede explicar.

Durante algún tiempo tengo que suspender la continuación de estas cartas; pero como la materia es inagotable seguiré escribiéndolas de vez en cuando. Entretanto, vive persuadido de que un hombre que no agrada generalmente, es un ser nulo ó insignificante, y que los esfuerzos constantes para agradar llegarán á conseguirlo infaliblemente, ó á lo menos hasta cierto grado.

CARTA

DE

LORD CHESTERFIELD

Á SU AHUJADO Y HEREDERO

PARA QUE LA RECIBIESE DESPUÉS DE SU MUERTE.

MI QUERIDO AHUJADO.

Por mi testamento recibirás pruebas sólidas de mi estimación y afecto. Este escrito no contiene preceptos ni declaraciones de mi última voluntad, sino mis ruegos más ardientes por tu solo bien, ruegos que por tu gratitud á mis pasados desvelos, por tu buen corazón y por tu sensatez, me persuado observarás puntualmente como si alguna ley te obligase á hacerlo. No son los dictados de un viejo áspero y regañón que pretende dar buenos avisos cuando ya no puede dar malos ejemplos, sino los consejos de un amigo, y aun debiera decir padre, tierno é indulgente, y el resultado de la larga experiencia de quien ha trotado continuamente por los senderos de la vida, consejos calculados con el solo fin de asistir y guiar tu inexperta juventud.

Probablemente heredarás muy pronto mi título y mis posesiones, y á una edad en que serás menos propio para conducirte con discreción que cuando sólo tentas diez años. Bien sé que esta es una verdad muy desagradable para un joven vivo y alegre, y que apenas le darás crédito; pero es, sin embargo una verdad, y una verdad que sinceramente deseo, aunque racionalmente no lo puedo esperar, vivas firmemente convencido de ella. En aquel crítico período de la vida, las pasiones peligrosas son turbulentas y vehementes, y sofocan toda reflexión; los alientos